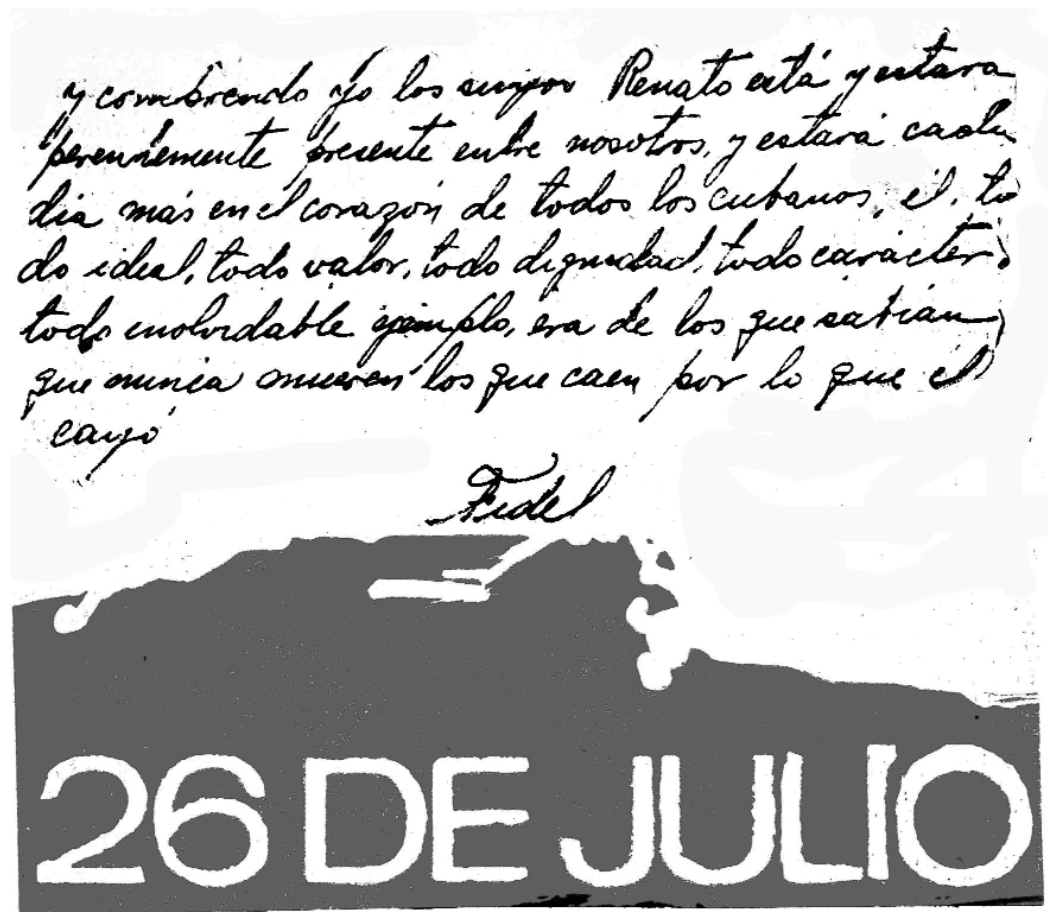




Fragmento de la imagen del anuncio publicado en primera página con la letra de Fidel refiriéndose a Renato.



Renato en su oficina.

muelle. Su trabajo estaba a una cuadra, en la antigua Casa Mercadé, convertida en ferretería de artículos domésticos.

—Renato —dijo el jornalero— era muy tratable. Un verdadero amigo. Yo recuerdo que cuando supimos la noticia de su muerte, todos nos sentimos, además de tristes, sorprendidos. Aquí nadie sabía que él andaba en asuntos políticos. ¿Usted quiere saber quién era él? Mire, él tenía un carro y aquí, su papá, eso se sabe, tenía otra posición. Sin embargo, él veía a cualquiera de nosotros, al pasar con el carro, y nos decía: “¿Qué, van para arriba? ¡Vamos!” Y nos llevaba, aun así, con la ropa sucia y sudorosos. ¡Era un buen amigo!

Después, fue emocionante, cuando nos encontramos en el camino a Wilfredo Mosqueda, un estibador (alza y monta), de entonces 42 años, que apretó junto a su pecho al padre de Renato.

—Siempre lo recordaré —exclamó, refiriéndose al joven asaltante del Moncada—. Aunque no hablaba nunca de política, siempre estaba armado. Él decía que era para hacer práctica, allá, por donde está ahora la Renté. Pero uno se imaginaba algo. Yo no hubiera pensado, por su carácter, que iba a ir al Moncada.

Transcurrieron los años, pero René recordaba aquella, su inquietud, que era una crítica:

—Un día, estando por aquí, él veía entrar los barcos extranjeros, con banderas de distintos países, y me dijo: “Mira, viejo, cuánta riqueza se pierde. ¡Qué Cuba no tenga su Marina Mercante!”. Muchos de los barcos eran americanos, que procedían de Nueva York, New Orleans y los puertos del sur de los Estados Unidos. También venían los de la *Siquenay Terminal*, de Canadá. Ese día me habló mucho sobre el asunto. Me repitió: “¡Mira qué cantidad de barcos extranjeros, viejo! Nos estamos gastando una millonada de pesos en flete los cubanos. ¿Cuba no podrá tener su Marina Mercante?”.

Sí, esa era su aspiración. Su sueño, un sueño que la Revolución convertiría en realidad, aunque sufriría luego el impacto del periodo especial.

René Guitart no nos habló de Renato solamente como si fuera su hijo. Lo mencionaba como si se tratara de un amigo, de un compañero. Si nos llevó hasta Punta Limeta, a la entrada del puerto santiaguero, hasta la Ensenada Cajuma, a la vieja oficina de Aguilera 8 y a otros lugares de la ciudad natal del héroe caído junto a la Posta 3, es, pienso yo, porque tam-

co él lo sabía muerto.

Lo presentía aquí, en Punta Limeta. Justamente donde estaba su casa y ahora se yergue simbólica, como señal de una Cuba nueva, la termoeléctrica Renté. Aquí, sobre el muellecito de madera y donde, con el padre, pescaba y veía pasar los buques mercantes extranjeros. Aquí, donde él abrió la tierra para encender las armas que pelearían luego.

Y rememoraba, René, rumbo a Aguilera 8, cuando él le dijo: “Viejo, llevo cuatro años trabajando contigo y todavía no me has dado vacaciones. Necesito que me des el mes de julio de permiso. Vienen los carnavales y vendrán amigos de La Habana”. Y recuerda, René, que le dio el mes de permiso, aunque sabía algo por boca de su amigo Chacón: “Tú debes hablar con tu hijo. Le alquilé una casa en el reparto Sueño y como se

Anecdotalario

1

—Oye, Renatico, me dijeron que alquilaste una casa en Sueño. ¿Para qué tú la quieres? ¿Tú no tienes esta? —Viejo, vienen los carnavales. Tú sabes cómo es el ambiente. Tengo una amiga...

—Muchacho...

—Papá, uno es joven, ¿no?

También había alquilado, junto con Abel, varias habitaciones en el hotel Rex, en La Perla de Cuba y había sondeado otros lugares.

En todos ellos, los combatientes esperaron para partir hacia la granjita Siboney y de allí al Moncada.

2

En los muelles, cuando andaba trabajando para el padre, se producían comentarios.

—Oye, Guitart, ¿qué tú crees de la situación?

—¿Yo? Imagínate, ¡Batista es el hombre! Tiene al ejército con él. ¡No hay quien lo tumbe, compadre! ¡El hombre está fuerte!

3

La joven lo miró. Era lógico que pensara en el matrimonio. Renato le dijo:

trata de él, no le hice contrato. Pero investiga de qué se trata.

Aquí, por el Santiago libre, como Cuba, René iba como hablando con su hijo. Lo sabe con asma, en el juicio heroico, le ve llegar tarde a la casa, sin saber que andaba buscándoles habitaciones a sus compañeros en el hotel Rex, en La Perla de Cuba, frente a la Terminal de Ferrocarril. Lo sabe, sin que se hablara del tema, conspirando. Preocupado por una Marina Mercante para Cuba. Por un mejor modo de vida para sus amigos de los muelles; para todos.

Y le vió, en la oficina, marcar con lápiz rojo, sobre un almanaque, el día 26. Sin interesarse, René, por la razón.

“Porque los padres, cuando saben a sus hijos metidos en algo justo, no preguntan nada. Y les desean que triunfen”.

—Mira, por ahora yo no me puedo casar contigo. Tengo un compromiso con mi primera novia...

—¿Cómo tu primera novia?!

—Sí: la Revolución.

4

Le dieron una especie de queja al padre:

—Guitart, tu hijo está...

—¿Qué le pasa?

—Nada, el otro día se apareció al Yatch Club con un negro...

—Mira, mi hijo me ha dicho que él no escoge sus amigos por el color. Basta que sean decentes y limpios.

5

La misma mañana del 26, indignado, Otto Parellada llegó a su casa.

—¡Guitart, Renato no me avisó, no me avisó!

—Pero, ¿qué te ocurre?

—El tenía un compromiso secreto conmigo. Me dijo que si había algo aquí, me avisaría. ¡Él está en el Moncada!

—Cómo va a estar en el Moncada! Renatico debe de estar en los carnavales. Búscalo por La Trocha o por donde tú sabes.

—¡No! —dijo Otto llorando—. ¡Él está en lo del Moncada!